



PRIMERA PARTE

Los pendones triunfantes
De la cruz soberana
Ya respetoso desplegaba el viento,
En las torres gigantes
De esmalte y filigrana,
Con que Granada toca al firmamento;
Torres eternas, cuyos altos muros
Labrados entre mágicos conjuros,
Presagios, influencias, profecías,
Y consultas de signos, y de estrellas,
Lograban ya los venturosos días
Para que tal poder les dieron ellas.

El sol desde el oriente
Al perfilar de grana y de topacio
Celajes que bordó la blanca Aurora;
Y al ocupar el trono refulgente
Del zenit en la cumbre del espacio,
Derramando á raudales
Vida, riqueza y luz á los mortales;
Y al declinar tras nube que trasflora
De morado, y de jalde al occidente;
Saluda los católicos pendones,

Y en ellos los castillos y leones
Y aragonesas barras ondeando,
Y la fe pregonando
De Alhambra, y de Albaicin en las almenas,
Do ántes volaban lunas sarracenas.

Genil entusiasmado
Del triunfo de las armas españolas,
No envidiaba del mar las crespas olas,
Después de haber tal gloria presenciado.
Y al través de la vega apresurado,
Dejando atrás sus bosques y repechos,
Gozoso á relatar tan altos hechos
Iba al Guadalquivir, cuya memoria
Conserva otros tan grandes de su historia.

De la Sierra Nevada
Sonreía la cumbre
Porque en su hija Granada
Brillaba ya la bienhechora lumbré
Del lucero del Gólgota, y veía
A la grande Isabel, y al gran Fernando
La garganta pisando
Del islamismo con tan firme planta,

Que jamás volvería
El brillo á oscurecer de la fe santa,
Ni á profanar la hermosa Andalucía.
Segura, en fin, España
De la estirpe agarena, tanta hazaña
Famosa y nunca vista,
Con que sus héroes la feliz conquista
Lograron del imperio granadino,
Celebraba gozosa:
Aun sin saber que Dios iba el camino
Con mano poderosa
A abrirle de otro mundo,
Por favor de su gracia sin segundo.
Y ya la fama con su trompa de oro,
Eterna voz, y cántico sonoro,
Cruzaba mares, taladraba nubes,
Prestándole sus alas los querubés;
Y la insigne victoria difundía,
Por cuanto alumbra el sol, y el mar enfria.
Y el español denuedo
Sembraba en los paganos
Terror, y helado miedo,
Y gozo, y nuevo aliento en los cristianos.
Pasmando al orbe todo
El triunfo audaz, con que el linaje godo
La lucha de ocho siglos coronaba;
Y con que aseguraba
La fe de Cristo, y su blason triunfante
Desde el tirreno mar, al mar de Atlante.
Sí: de doña Isabel, de don Fernando
Católicos monarcas españoles,
De alta prudencia y de denuedo soles,
Que hoy en gloria sin fin están brillando,
Despojo era Granada.

Mas dije mal, porque despojo no era;
Sino la más preciada,
Y la joya más rica, y la primera
De la diadema espléndida española,
Entre cuantas respeta el orbe, sola
De otras muchas formada por el cielo,
Con incesante anhelo,
Para en la augusta frente colocarla
De tan egregios Reyes;
Y en ella asegurarla
Por las humanas y divinas leyes.

Magnífico diamante,
Rico joyel de la diadema augusta
Del imperio español era Granada;
Con su cielo radiante
Que rara vez el huracan asusta,
Con su sierra, pirámide de nieve,
A quien, ni el cancro abrasador se atreve;
Con su vega encantada,
De deleites tesoro;
Con su Darro y Genil, que arrastran oro
En los raudales frios;

Con sus cármenes verdes y sombríos;
Con sus palacios mágicos de encajes,
Y frágil filigrana;
Con sus torres ligeras cual plumajes,
Que el soplo de la cándida mañana
Entre vapores húmedos parece,
Que blando agita, y que risueño mece.
Si hurí inmortal, si reina de odaliscas
De alas de leve niebla, y pié de espuma,
Con las galas espléndidas moriscas
Fué la hechicera juvenil Granada;
Ya por la gracia de los cielos suma
Se mira transformada
En augusta matrona,
Orgullosa, triunfante,
Y con la frente de real corona
Ceñida en vez del bárbaro turbante:
Viéndola con profundo
Respeto absorto el admirado mundo,
Ya con la fe católica en el seno,
Antes manchado del inmundo cieno
De torpes ceremonias y de ritos
Por el cielo malditos;
Y oyendo en sus mezquitas,
Del báratro tremendo con espanto,
Las palabras benditas
Del Evangelio santo,
Que alienta al siervo, y al tirano doma,
En vez de las blasfemias de Mahoma.
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,
Y plácidos jardines
Las danzas castellanas y festines,
Mucho más nobles que agarenas zambras;
Y en vez de Abencerrajes,
Y Zegries traidores,
Poblada de linajes
Más altos y mejores,
Más bravos, y hazañosos,
Y mucho más antiguos y gloriosos.

Todo era, pues, contento y alegría,
Justas, banquetes, y vistoso alarde,
Desde el primer albor del nuevo día,
Hasta espirar los plazos de la tarde.
Y de danzas y orquestas,
Régios convites y costosas fiestas
El plácido rumor y los concertos
Daban vida á los vientos,
Las sombras de la noche regalaban,
Y el sueño de los astros arrullaban:
Y alboradas risueñas
Felicitaban á la blanca aurora,
Cuando las altas peñas
De excelsos montes con su luz colora.

Tan sólo Nuño Garceran hundido
 En afán melancólico se esconde,
 Y ni al aplauso universal responde
 A su valor egregio conferido.
 Pues su esfuerzo bizarro
 A la vega encantó, y admiró al Darro:
 Siendo sus estandartes,
 Y sus bravos leoneses
 Nuncios de la victoria en todas partes,
 Sin temer de fortuna los reveses.
 Y él, en el duro asalto
 Del régio alcázar colocó tan alto
 Su nombre, que la fama,
 La flor de los guerreros le proclama.
 Mas ¡ay! que de su patria, de su estado,
 Y de su tierna esposa separado,
 No puede tanta ausencia
 Soportar de su pecho la vehemencia.
 Y ni ostenta su gala en los salones
 De los reyes, ni asiste á sus funciones,
 Ni luce en los jardines,
 Ni brilla en los festines,
 Ni en Vivarrambra en pisador ligero
 Ensangrentando el acicate de oro,
 Justa, ostentando su saber guerrero,
 Lidia, mostrando su destreza, un toro.
 Y léjos del bullicio, y los festejos,
 Como está de placer y calma léjos,
 Solitario pasea
 Entre los altos olmos que menea
 El céfiro en la orilla
 Del Genil. Y en la noche triste vaga,
 Cuando la luna entre celajes brilla,
 Y la corriente cristalina halaga,
 Por los campos desiertos
 De tibia luz y de vapor cubiertos:
 Y allí repite el nombre de su Blanca,
 Y hondos suspiros de su pecho arranca.
 Ha tiempo que carece
 De nuevas de ella, y cuando no hay noticias,
 Ya infaustas, ya propicias,
 La ausencia se parece
 Al sueño eterno de la tumba helada:
 Pues ó malas, ó buenas, son sustento
 De un alma enamorada,
 Y dan vida á la ausencia y movimiento.
 A su tierra ha enviado
 Uno y otro criado,
 Que no tornan jamás, cual si un conjuro
 Allá los detuviera,
 O cual si á su regreso se opusiera
 Un encantado impenetrable muro.
 Confuso entre afanosos pensamientos
 El triste se perdía,
 Amante firme, y tierno enamorado,
 Creciendo los tormentos

De su angustiado pecho cada día,
 De toda nueva de su bien privado.
 Cuando á mirar acierta,
 Que llega una mañana ante su puerta
 En rocín sudoroso, y anhelante,
 Un villano leonés; en el tabardo
 De tosco paño pardo
 Conoció que lo era,
 Como en las bragas y amarilla cuera.
 Un vuelco dióle el corazón, se lanza
 A salirle al encuentro sin tardanza,
 Y sin preámbulo alguno le pregunta,
 Latiente el pecho, la color difunta,
 Por carta y nuevas de su esposa amada.
 El villano la mano venerada,
 Que es aquel su señor reconociendo,
 Le besa, de este modo respondiéndole:
 «Mi alta señora, vuestra esposa bella,
 De las montañas de Leon estrella,
 Salud cumplida tiene;
 Aunque siempre afligida la mantiene
 Vuestra ausencia, señor, y noche y día
 Pide llorosa, y con ferviente anhelo,
 Que os torne salvo á vuestra patria el cielo.
 Yo habito la alquería,
 Que está de la cañada en los alcóres,
 Entregado á las rústicas labores:
 De allí el señor Rodrigo con gran priesa,
 Sin duda porque mucho os interesa,
 Partir mandóme, y con premura harta
 Poner en vuestras manos esta carta.»
 Confuso Nuño Garceran la toma
 Con temblorosa mano,
 Y aunque lo que le ha dicho aquel villano
 De doña Blanca, centro de sus dichas,
 Le asegura, tal vez al rostro asoma
 Inquieta turbación: pues que, un arcano
 De miserables dichas
 En sí contiene el misterioso pliego,
 Le dice el corazón. Se encierra luego,
 Abrelo palpitante,
 Y estos renglones se encontró delante:
 «Don Nuño, tan larga ausencia
 Empieza á perjudicaros,
 Y es mi obligación llamaros,
 Que importa vuestra presencia.
 »Pues se alcanzó la victoria,
 Y se conquistó Granada,
 Donde veis acrecentada
 De vuestra casa la gloria;
 »A librar á ella y á vos
 De un abismo, que está abierto,
 Y que yo á evitar no acierto,
 Venid, y pronto por Dios.
 »Venid, que os llama un amigo...
 ¡Quiera el cielo no sea tarde!...

Él os ayude y os guarde,
 Vuestro servidor: *Rodrigo.*»

En tormentoso mar de confusiones,
 Que envuelve noche ciega,
 Leyendo estos renglones
 El desdichado Garceran se aniega.
 Dice poco, es verdad, aquella carta;
 Mas también, hartó dice,
 Para que hienda y parta
 El alma y corazón á un infelice.
 Y en el conjunto vago y sin colores
 Del oscuro compendio
 Se ven los resplandores
 De un infernal, aterrador incendio:
 Cual se ven en el fondo de los mares
 En confusión las rocas,
 Y sin forma, á millares
 Cruzar los tiburones y las focas.
 O cual tras negro tronador nublado
 Se ve, que arde, y que gira
 Meteoro encapotado,
 Nuncio fatal de la celeste ira.
 Doquiera que el discurso vacilante,
 Buscando conjeturas,
 De Nuño, acude errante,
 Ve un piélagos sin fin de desventuras,
 Y espectros y fantasmas espantables
 Le revuelan en torno,
 Mucho más formidables
 Por no tener ni forma, ni contorno.
 Y de aquellos fatídicos renglones
 De tan infausto arcano,
 Consuelo en las razones,
 Quiere encontrar su mente, del villano.
 Sí, nuevas favorables de su Blanca
 Le ha dado cual testigo;
 Mas el alma le arranca
 Notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.
 Aquel le dijo que constante llora
 Su ausencia; y este calla...
 ¿Será que el uno ignora,
 Lo que otro el modo de decir no halla?...
 ¡Ay! este pensamiento le horroriza,
 Y arde en un fuego interno,
 Que envenena y atiza
 Una mano invisible del infierno,
 Y destrozado y roto en el combate
 De temor y de duda,
 Se anonada, se abate,
 Sin luz los ojos y la boca muda.
 Mas una pronta decisión estalla
 En su cabeza ardiente,
 Cuando en la cruel batalla
 Iba á doblar exánime la frente.

La de volar en busca de Rodrigo
 A la nativa sierra,
 Y ver cuál enemigo
 Allá le mueve tan extraña guerra.
 Y las alas envidia voladoras
 Del águila altanera,
 Que cruza en pocas horas
 Todo el cóncavo espacio de la esfera.
 Escondiendo á los suyos el viaje,
 Veloz caballo ensilla
 Y con humilde traje,
 Y con solo su afán vuela á Castilla.
 Ya deja atrás las torres de Granada,
 Y la encantada vega,
 Y la Sierra Nevada,
 Y al confin andaluz rápido llega.



Y lo ve galopar sin un respiro
 El sol desde el Oriente,
 Hasta acabar su giro,
 Apagando en el mar la crencha ardiente.
 Y la luna y las trémulas estrellas
 Alumbran su viaje,
 Luciéndole sus centellas
 Al través del vapor y del celaje.
 Atraviesa á Castilla, montes, rios,
 Valles profundos, nada
 Disminuye sus brios,
 Ni detiene la rápida jornada.
 Y al rojo esclarecer de hermoso día,
 Principio del verano,
 Cuando la aurora abría
 La puerta de oro al astro soberano;
 Vió Nuño aparecer azul un monte
 Aun de nieve vestido
 Allá en el horizonte,
 Y dióle el corazón hondo latido.
 La sierra es de Leon, donde su estado
 Tiene, y su dicha asiento;
 Y hácia ella arrebatado
 Lanza el corcel más rápido que el viento.

A cada nueva, y conocida loma,
 Que descuella de léjos,
 Y cuando un punto asoma,
 Que blanquea del sol á los reflejos,
 Sensaciones tan fuertes é indecibles
 El corazon le agitan,
 Y tan indefinibles
 Pensamientos le hielan ó le irritan;
 Que ya para sufrir tanto martirio
 Sin fuerzas, espolea
 En insano delirio
 El alazan, que sin vigor jadea.
 ¡Oh cuán breve, y cuán largo es el camino
 Que corre un desdichado,
 Si va donde el destino
 Le tiene algun desastre preparado!
 Al cabo Nuño en férvidos vapores,
 Que del valle se elevan,
 Descubre los alcores
 De los estados que su nombre llevan.
 Y al fin del sol que baja lentamente
 Al confín del espacio,
 No léjos ve á su frente
 La mole desigual de su palacio.
 Y le parece aterrador coloso
 Que lo amenaza y mira;
 Y crespón doloroso
 La leve niebla que en sus torres gira;
 Y detiene de pronto la carrera
 Con toque tan forzado,
 Que el caballo cayera,
 A no sentir el acicate agudo,
 Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,
 Que el corazon hinchado
 Le da un vuelco en el seno,
 Como si en él hubiera reventado.
 Una encendida bomba es su cabeza
 Que á estallar va al instante,
 Y en toda su grandeza
 La boca del infierno ve delante.
 ¡Miseró!... las fantásticas visiones
 Le cercan de su mente,
 Piérdese en ilusiones,
 Y no ve la verdad que está presente.
 No ve á su encuentro por la misma senda
 Un hombre y un caballo
 Venir á toda rienda,
 Ni oye el recio pisar del duro callo.
 Ni sale del delirio hondo, morbosó,
 Hasta que el brazo amigo
 Le estrecha cariñoso
 De su buen servidor, del fiel Rodrigo.
 Reconócelo, abrázalo, suspira,
 Y la color difunta,
 Con hondo afán lo mira,
 Sin osar producir una pregunta.

Y Rodrigo también mudo, turbado,
 Y la color de cera,
 La mirada, espantado,
 De aquellos ojos evitar quisiera.
 Descabalgan entrambos, y Rodrigo
 Estrechando la mano
 De su señor y amigo,
 Lo asienta al pié de un álamo lozano:
 Cuando en un mar de fuego en Occidente
 Pálido el sol se hundía,
 Su faz velando ardiente
 Sangriento nubarrón, tumba del día.
 A la luz del crepúsculo borrosa,
 Mientras la suya daba
 La luna candorosa,
 Que entre cumbres oscuras asomaba;
 Tras de silencio breve, pero horrendo,
 Solos, y sin testigos,
 Tal diálogo tremendo
 Tuvieron entre sí los dos amigos.

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo
 En Leon me tienes ya,
 ¿Qué males, pues, me amenazan?...
 Dilos, dilos, sin tardar.
 Dilos, porque el alma tengo
 En tan angustioso afán,
 Que de tus palabras pende
 Mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor, mi confuso labio
 No sabe cómo empezar;
 Pues hay cosas cuyos nombres
 No acierta el bueno jamás,
 Y acaso es más infelice,
 En mayor angustia está,
 Que el que infortunios aguarda,
 Quien los debe revelar.

DON NUÑO.

Apresura mi tormento,
 Ten de tu amigo piedad.
 ¿Vive Blanca?... Si ella vive,
 ¿Qué me importa lo demás?

RODRIGO.

¡Ay, que has pronunciado el nombre
 Que no osaba pronunciar!
 Vive doña Blanca, vive...
 Vive, sí, vive... ¡ojalá
 Que nunca vivido hubiera
 Para tu nombre afrentar!...

DON NUÑO (*furioso*).

¿Qué supones, miserable?...
 ¿Qué alientas, furia infernal?...
 Prueba, prueba lo que dices,
 O mi furia probarás.
 Mi Blanca es como el sol pura,
 Es un ángel celestial.

RODRIGO (*turbado*).

Doña Blanca... es...

DON NUÑO.

¿Qué es?... acaba
 ... ¿te se pega al paladar
 la lengua?... ¿Qué es, dí, mi esposa?

RODRIGO.

¡Infel!

DON NUÑO (*poniéndose de pié*).

¡Mentira!

RODRIGO (*resuelto*).

¡Verdad!

DON NUÑO (*cayendo convulso*).

¡Abrete, tierra, á mis plantas
 y sepúltame voraz!

Como de rayo tronador herido
 Cayó convulso en tierra,
 Y lanzó un alarido
 Que estremeció los riscos de la sierra.
 Y el confidente mudo y aterrado,
 Hecho estatua de hielo,
 Inmóvil quedó á un lado,
 Fijos los turbios ojos en el suelo.
 Don Nuño, destrozándose furioso
 La túnica y el pecho,
 Revuélcase anheloso
 Sobre la yerba, de dolor deshecho.
 Rodrigo al cabo á su socorro viene,
 Levanta al infelice,
 Lo anima, lo sostiene,
 Y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO.

Volved en vos, señor mio,
 ¿Dónde vuestro esfuerzo está?
 ¿Queréis morir sin venganza?

DON NUÑO (*reanimándose*).

¡No, Rodrigo, no, jamás!
 Cuéntame, cuéntame todo,
 Tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros?...
 Vuestros ojos mismos van
 A decíroslo al momento.
 Y pues nadie sospechar
 Puede, señor, vuestra vuelta,
 Y la noche, y el disfraz
 Esconden vuestra persona,
 Venid tras de mí y callad.

Como al conjuro de potente mago
 Un cadáver camina,
 Así con paso vago
 Va Nuño entre la niebla blanquecina,
 Atravesando el bosque con su amigo
 En silencio profundo,
 Mas llevando consigo
 Todo un infierno aterrador del mundo.
 Y su planta vacila á cada instante,
 Y no más firme acaso
 Es la que de él delante
 Tiende Rodrigo con incierto paso.
 Y no se escucha más que el rumor leve
 De espesos matorrales,
 Que su marcha remueve,
 Al través de barrancos y de eriales.
 Y la respiración de ambos viajeros
 Estertor parecía,
 Del que ya en los postreros
 Afanes juzga escasa el aura fría.
 Iban como al través de honda cañada
 Entre encinas y pobos,
 Buscando la manada
 De ovejas, van dos carniceros lobos.
 Y los ojos de Nuño relumbraban
 Cual brasas encendidas,
 Y acaso espanto daban
 A las aves del todo aun no dormidas.
 Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,
 Los ojos de Rodrigo
 Daban en el desierto,
 Sin osar revolverlos á su amigo.
 A poco tiempo llegan á una puerta
 Del jardín del palacio,
 Que sin rumor abierta
 Da entrada franca al encantado espacio.
 Y enfrente allí de un cenador de hiedra,
 Do una lámpara ardia,